



LA RED DE PESCAR

Envuelto en el suave calorcillo de su cabaña de madera, Hans el pescador repasaba las redes para la ya próxima estación de la pesca. Estaba solo en el rincón al rescoldo de la chimenea. Su querida esposa Ingrid reposaba en el pequeño cementerio junto a la iglesia. De pronto resonó el cascabel de unas risas alegres. Se abrió la puerta para dejar pasar a la rubia

Güendolin, su hija querida, que traía de la mano al hermanito Eric.

-Güendolin, ahora que estás de vacaciones, ¿quieres ocupar mi puesto para repasar la red de pesca nueva, mientras yo voy a reparar la barca?

-¡Cómo no, papá!

Güendolin trabajaba con ahínco repasando una cuerda tras otra, nudo tras nudo. Pero los días iban pasando uno tras otro. La cuerda era áspera. El apresto para impermeabilizarla era tosco. Dolían las manos. Sus amigas se asomaban a la puerta:

-Gwendolin, ¡ven a jugar con nosotras!

Y cada vez Gwendolin repasaba con más dejadez. Las mallas se aflojaban cada vez más, los nudos cada vez eran más débiles, la cuerda cada vez menos impermeabilizada.

Llegó la primavera. El fiordo se iluminó con los primeros rayos del sol. Se abrió la temporada de la pesca. Orgulloso del trabajo de su hija, Hans el pescador, cargó su red de pescar nueva, sobre su querida vieja barca.

-¡Vente conmigo, mi pequeño Eric, en mi primera salida!

Todo contento, el pequeño subió a bordo. La barca se deslizó sobre el agua. La red se sumergió en el espejo verde azul de las aguas. Eric aplaudía viendo a los peces plateados saltar y culebrear en la red saturada.

-¡Vaya pesca! Esto es maravilloso. Ayúdame, cariño, a sacar la red.

Eric, tiraba, tiraba, con toda su fuerza, pero agobiado por el peso, se cayó al agua, justo dentro de la red. "No hay porqué preocuparse -pensó papá Hans, tirando rápidamente de la red a bordo- Mi red es sólida y resistente. La ha tejido mi hija Güendolin con sus manos: Eric saldrá en medio de los peces."

La red salió rápida del agua. Pero, ¡ay!, en el fondo tenía sólo un gran desgarrón... Los nudos hechos con descuido se habían aflojado. la malla poco fija se había abierto. Y el pequeño Eric reposaba ahora en el fondo del fiordo.

-¡Ay si hubiera apretado cada nudo con más amor!, -sollozaba Güendolin.

En la vida diaria se va tejiendo la red de la eternidad. Cada día es un nudo. Quizás no lo pienses, pero llegará el día de la pesca y dependerá también de lo que hayas entretejido aquí, hoy.

EL SUMO SACERDOTE EN TIEMPOS DE JESUCRISTO

En unos tiempos en que la monarquía hebrea ya había desaparecido, el sumo sacerdote era la figura más importante del pueblo, al que representaba ante los romanos. En un principio el cargo había sido hereditario; desde Sadoc, en tiempos de David y Salomón, su familia sacerdotal era la que, de forma ininterrumpida, había desempeñado las funciones de sumo sacerdote, hasta que el rey Antíoco IV Epifanes rompe la sucesión, nombrando sumo sacerdote a uno no perteneciente a la familia de Sadoc (Menelao, 172-162).

En esta situación confusa, según Flavio Josefo, los años 159-152 no hubo sumo sacerdote. Es entonces (152) cuando Jonatán, hermano de Judas Macabeo y de familia sacerdotal común, asume el sumo sacerdocio, que desempeñará la dinastía asmonea de príncipes y sumos sacerdotes hasta el año 37 a. C. En esta fecha comienza Herodes el Grande su reinado y se rompe toda sucesión dinástica sacerdotal; en adelante los sumos sacerdotes serán nombrados a su antojo por Herodes y, más tarde, por los romanos, de entre familias sacerdotales comunes. Esto dio pie a que los sumos sacerdotes fueran complacientes con el poder civil, si es que querían conservar el puesto.

El sumo sacerdote era el presidente del Sanedrín, responsable de la Ley y del Templo; él era el único que tenía derecho a entrar una vez al año en el 'Sancta sanctorum' el día de la Expiación.

LA IDENTIDAD

No hay nadie en el mundo que sea exactamente lo que eres tú. Dados por Dios y exclusivamente tuyos son tu cuerpo, para actuar, tu mente para pensar, tu boca para hablar, tu corazón para amar. Pero lo que hagas con ellos es de tu responsabilidad; tus sueños, tus fantasías, tus miedos, tus esperanzas; tus triunfos y tus éxitos, tus fracasos y tus equivocaciones. Y pues eres dueño de todas tus cosas, también puedes ser maestro de ti mismo.

Tú bien sabes que tienes muchas cosas que te inquietan y muchas más que no conoces. Pero en la medida en que seas amigo de ti mismo y te ames, podrás tener coraje y confianza para hacer frente a tus inquietudes y descubrir nuevos valores dentro de ti. Dite a ti mismo que eres un hijo de Dios y celébralo. En todo esto no hay nada de vanidad; sólo es alegría y acción de gracias a la vida. Y sigue estas dos reglas de oro:

1) Siéntete amado por Dios y te amarás a ti mismo y amarás a los demás.

2) Lo que puedes cambiar, cámbialo. Lo que no puedes, acéptalo.

SANTAS PERPETUA Y FELICIDAD

Jóvenes madres en Cartago, a comienzos del siglo III, defienden en la prisión, hasta el fin, la corona de su martirio.

«¿Veis este vaso?, sugiere Perpetua. ¿Puede dársele otro nombre que el de vaso? Yo tampoco puedo decir sino que soy cristiana».

Poco antes de salir de la prisión, escribe: «Gracias a Dios, el niño no tenía más ganas de mamar; con lo que me sentí aliviada, al verme libre de la preocupación del pequeño y de la molestia de los pechos».

Felicidad, casada el año anterior, da a luz prematuramente entre exclamaciones de dolor. Uno de los carceleros le dice: ¿Pues qué será al ser arrojada a las fieras? Y Felicidad responde: «Allí sufrirá otro por mí; ya que yo sufriré por El».

Con Perpetua y Felicidad habían sido encarcelados los catecúmenos Saturnino, Revocato y Secundulo. Así logran ser bautizados los cinco por el diácono Saturio antes de ser martirizados.

LA FELICIDAD CONSISTE EN AMAR Y SER AMADO

Sin bien esto es cierto necesita unas palabras de advertencia. El deseo de ser estimado y de amar a los demás es sano psicológicamente, pero no se debe ir buscando la estima y el amor por un camino equivocado. Un deseo sano de ser amado por los demás tiene que ser en cierta manera desprendido. Una excesiva preocupación por obtener el aprecio de los demás puede frustrar el propósito.

Especialmente no debemos tratar de manipular o seducir por decirlo así, a los demás para que nos aprecien y quieran. Si uno trata de comprar la estima y el amor de los demás no obtendrá de ellos verdadero amor y tampoco la felicidad. Lo importante, pues, es que nosotros amemos verdaderamente a los demás, con amor generoso y de entrega, y que no nos preocupemos demasiado en conseguir pruebas palpables de correspondencia a nuestro amor. Los padres, especialmente, harán bien en tener presente esto cuando aguarden el aprecio y amor de sus hijos adultos. También los consortes deben tenerlo presente respecto a sus cónyuges y los amigos con sus amistades.

Años atrás le pregunté a un joven, ya cercano a los treinta, por qué no se había casado. Con voz triste me contestó: "porque no he encontrado la muchacha que me haría feliz". Yo le repliqué: "y temo que no la encontrarás nunca. Más bien deberías buscar la muchacha a la que tú pudieras hacer feliz". No me sorprendería que nunca encontrase la muchacha que desea. Y probablemente sea mejor así, porque es un egoísta.



FUGARSE AL PASADO O AL FUTURO

Hay quienes viven encadenados a un fracaso o a una herida que se diría que nunca deja de supurar. Son personas que se amargan hoy porque, hace veinte años, no les quiso su madre, o no pudieron estudiar lo que querían, o su novio les traicionó, o perdieron injustamente su trabajo, o lo que sea. No han perdonado ni se han perdonado ese viejo dolor, y están ahí, dándole vueltas a su amargura, torturándose con sus errores y sus rencores.

Hay otros que también viven centrados en el pasado, pero estos no por amargura sino por añoranza. No me refiero a los que somos un poco nostálgicos y nos gusta tener presentes nuestra historia y nuestras raíces, sino a esas personas que no les gusta el presente pero tampoco tienen el valor necesario para mejorarlo y, por eso, dedican

sus pocas energías a lamentarse y a suspirar por otros tiempos pasados, supuestamente mejores. Pero el pasado está condenado a ser cada vez más pasado, y los que viven en él, con él se irán a pique. El pasado es útil en la medida que ilumina el presente y alimenta el futuro, en la medida en que deja de ser pasado y se convierte en acicate para el presente y no en estéril añoranza.

Otros viven condicionados por el futuro, porque aplazan todo lo que les cuesta. No se atreven a eludirlo directamente y, por eso, recurren casi inconscientemente a retrasar cualquier proyecto o aspiración un poco costosa con la excusa de que seguro que tendré más tiempo y más libertad porque empiezo la carrera, o la acabo, o me caso, o lo que sea. Luego va llegando todo eso y hay nuevas demoras, nuevas claudicaciones, y hay que esperar de nuevo, quizá a que los hijos sean mayores y ya no necesiten tantos cuidados, o a la jubilación, y así sucesivamente hasta que ya se encuentran sin energías y al final comprenden que dejar las cosas para más adelante es casi siempre una estrategia sumamente engañosa.

De manera semejante a como algunos consumen marihuana o cocaína para eludir por un tiempo la realidad de la vida, así se fugan al pasado o al futuro aquellos que no tienen el valor de tomar con fuerza las riendas del presente. No se dan cuenta de que es preciso hacer hoy lo que tenemos que hacer hoy, y que hay que buscar la felicidad en acometer el presente con un poco de coraje.

A.A.